

Don Luis se ajustó sus gafas y cogió las llaves de casa. Se acercó a su mujer, para despedirse como hacía cada día. Pero ella tras besarle le abrazó, ya que no se trataba de un día más. Camino hacia el colegio absorbo en sus pensamientos como había hecho durante tantos años, pero los pensamientos hoy no eran los mismos, algo de inquietud e incertidumbre le revolvían los pensamientos. Jubilarse no puede ser tan malo, se decía a sí mismo, aunque no sabía muy bien cómo llenar todo el tiempo, que hasta ahora ocupaban las clases en el colegio. Toda una vida dedicada a la enseñanza y ahora qué se preguntaba. Quizá pasar las horas o los días en museos, podría dedicarle tanto tiempo a disfrutar de esas magistrales obras o simplemente pasear. Su nueva situación, le creaba una desazón a la que no estaba acostumbrado, un hombre organizado como él que preparaba escrupulosamente sus clases, con su inseparable agenda, llena de indicaciones, observaciones, incluso los chascarrillos con los que hacer más amena la lección.

Cuando se quiso dar cuenta estaba ya ante la entrada al colegio, los niños y las niñas al pasar le daban los buenos días.

Quiso permanecer un instante ante el umbral del colegio, tratando de retener todos los detalles de esa última entrada. Un sentimiento de nostalgia le invadió, recordando como si hubiera sido la semana pasada, la llegada al colegio tras acabar la carrera y sacar la oposición. Como luego conoció a su mujer y se compraron una casa relativamente cerca del colegio, como había visto crecer a tantos niños y niñas, como había visto envejecer ese edificio, desde su construcción hasta ahora.

Subió las escaleras hacia su clase. Al acercarse a la puerta oyó como tantas veces. - Ya viene Don Luis - seguido del sonido de sillas y mesas de los alumnos ocupando sus sitios para recibirle sentados.

Le gustaba que estuvieran sentados cuando el entraba y no tener que perder tiempo mandando callar. Era curioso que era el único profesor que lo conseguía, la experiencia de tantos años, se decía a sí mismo.

- Buenos días - dijo mientras cruzaba la puerta.

- Buenos días Don Luis - contestaron al unísono todos desde sus asientos.

- Como ustedes sabrán hoy será mi último día, pero me gustaría decirles muchas cosas que siento no me va a dar tiempo ya. - aseveró Don Luis.

Un silencio sepulcral se hizo en la clase, los alumnos sentían gran respeto y Don Luis era muy querido, además nunca le habían oído hablar tan apesadumbrado.

- Me gustaría contarles tantas cosas del mundo que se van a encontrar en el futuro, cuando sean adultos, que siento que me dejaría algo importante en el tintero - dijo Don Luis con aire solemne. Entonces unos golpes en

la puerta interrumpieron el discurso. La puerta se abrió lentamente y entró un policía, se formó un pequeño revuelo al ver los alumnos aquel uniformado.

El policía se acercó hasta la mesa del profesor y se dirigió a Don Luis - Me he enterado que se jubila usted Don Luis.

Los ojos de Don Luis se humedecieron con lágrimas y abrazó fuerte al policía exclamando - ¡Javierito, qué sorpresa más grata!

Los alumnos rieron al escuchar el diminutivo ante aquel hombretón que les parecía enorme ante el cuerpo enjuto del profesor, al que casi no se veía envuelto en el abrazo.

Queridos alumnos - dijo Don Luis dirigiéndose a sus alumnos. - Javier, aunque para mí siempre será Javierito, fue uno de mis alumnos hace ya muchos años. Cuando tenía su misma edad, o incluso antes, y le preguntaban que quería ser de mayor, él siempre decía que policía. Algunos de sus compañeros se reían y mofaban del sueño de Javierito. Pero Javier, tenía algo que sus compañeros no tenían y que ustedes me habrán escuchado en más de una ocasión. La doble V. Valores y Valor. Valores firmes en los que creer y defender, así como un sentido de la justicia, que le hacía interceder entre sus compañeros en sus disputas y riñas. Valor, para enfrentarse a chicos más mayores cuando se metían con algún compañero. ¡Qué alegría Javierito! Muchas gracias."

Gracias a usted Don Luis - intercedió Javier - Fue usted el que me dio ánimos para perseguir mi sueño y no abandonar. Yo nunca fui muy bueno en los estudios y todos me decían que sería panadero como mi padre, pero yo, desde que recuerdo, quería ser policía. Fue usted Don Luis aquel día que me encontré llorando porque unos chicos se habían burlado de mí, diciéndome que jamás aprobaría y no podría ser policía. Usted me dijo, que nadie te diga lo que puedes o no puedes ser. El destino se lo forja cada uno, con trabajo y esfuerzo. Claro que para ser policía tendrás que superar exámenes difíciles, pero nada en esta vida es fácil. Tu eres capaz de ser lo que tú quieras, con trabajo y esfuerzo. Y ya lo veis, conseguí mi sueño de ser policía, no fue fácil conseguirlo, pero hacer realidad mi sueño de toda la vida mereció la pena.

Don Luis dio unas palmadas en la ancha espalda de Javier y dijo dirigiéndose a sus alumnos. - Que nunca les digan que pueden o no ser. Aquí tenéis el claro ejemplo. Luchad siempre por vuestros sueños, hasta que se hagan realidad.

Un sonoro y espontáneo aplauso interrumpió las palabras del profesor. Unas palmadas más fuertes que procedían del fondo de la clase hicieron que todos volvieran la cabeza. Alguien exclamó - ¡Un bombero!

Aquellas fuertes palmadas de aplauso procedían de un bombero, ataviado con su traje azul oscuro y esas líneas reflectantes en amarillo chillón, se había situado al fondo de la clase en sigilo, tras la entrada de Javier.

- Sí, soy bombero y me llamo Oscar. Yo también fui alumno de Don Luis – dijo a toda la clase mientras se dirigía con paso firme hacia el profesor. Ambos se fundieron en un abrazo. Las lágrimas corrían por las mejillas del viejo profesor. Que intentó decir algo pero un nudo en la garganta le impedía articular palabra. Con un gesto de calma Oscar posó su mano sobre su hombro y prosiguió diciendo a la clase. “Hoy me veis así. Pero yo no fui así siempre, tuve que soportar muchas burlas de compañeros porque cuando tenía vuestra edad era el más pequeño de la clase.

Una sonrisa iluminó el rostro del profesor que apuntilló - Sin embargo, eras el más rápido a la carrera y trepando a los árboles. El mono Oscar te decían tus compañeros.

Mi familia no tenía muchos recursos y yo había días en los que venía al colegio sin desayunar – continuó Oscar, mientras sus ojos comenzaban a humedecerse mientras recordaba – Fue Don Luis quién me consiguió una beca para desayunar y comer todos los días en el comedor del colegio. Y así poder crecer y no quedarme enano. – comentó soltando una carcajada mientras se secaba las lágrimas.

Don Luis apuntilló – Yo no te conseguí aquella beca, a esa beca tenías derecho dada tu situación por entonces. Lo que no os ha dicho Oscar, es que ganó para el colegio durante muchos años el cross escolar. Cuando corría, sus piernas parecían flotar sin tocar el suelo.

Entonces desde el quicio de la puerta, la directora interrumpió al profesor – Don Luis, disculpe que interrumpa, por favor acompañeme al salón de actos, pero antes salgan todos de manera ordenada y sin hacer ruido.

Todos los alumnos salieron de manera disciplinada, les siguieron Oscar, Javier y Don Luis. Al salir al pasillo cual fue la sorpresa de Don Luis cuando empezó a escuchar el Canon en Re mayor de Pachelbel, su canción preferida, que en muchas ocasiones ponía a sus alumnos durante exámenes y tiempos de estudio. Oscar y Javier se hicieron a un lado y Don Luis pudo ver a todos los alumnos situados a los lados del pasillo, tratando de chocar sus manos con las suyas. Avanzó chocando con ambas manos con paso lento, la visión de todos los alumnos aplaudiéndole y extendiendo sus manos a su paso para saludarle le estremeció, pero trató de contener la emoción y las lágrimas cuanto pudo. El pasillo de alumnos le pareció interminable, hasta llegar bajando las escaleras ante el umbral de aquellas dos enormes puertas que daban acceso al salón de actos, donde la luz era más tenue que en el pasillo.

Sobre el escenario, en el atril situado en el lado izquierdo desde donde la directora daba sus discursos de Navidad y fin de curso, pudo distinguir la figura de una mujer, pero la visión nublada por las lágrimas le

impedía verla con claridad. Se quitó las gafas y con su pañuelo se limpió, cuando se las volvió a colocar, reconoció a su alumna más brillante esperándole sobre el escenario, su visión se nubló de nuevo.

¡Patricia!, ¿cómo has podido venir? – dijo mientras corría a abrazarla.

Ser la alcaldesa, a veces permite cierta flexibilidad y alguna licencia en el horario. Don Luis no podía faltar hoy – exclamó Patricia mientras rompía también a llorar. Cogiendo a Don Luis de la cintura lo situó ante el atril y con un leve gesto se situó a unos pasos por detrás de él.

Cuanto honor, no sé si me merezco todo esto – comenzó a decir Don Luis, mientras distinguía a muchos de sus viejos alumnos sentados en las butacas e incluso de pie.

Me partís el corazón de tanta emoción. Vosotros sois el fruto de estos años de docencia. Incluso nuestra querida alcaldesa, que estudió en este centro durante su juventud – dijo girándose hacia atrás para buscar con la mirada los ojos de Patricia, de nuevo ese nudo en la garganta le ahogó la voz. Ella avanzó para evitar el incómodo silencio.

Don Luis, sin duda todos los que estamos aquí hoy para despedirle y los que no han podido asistir, le debemos mucho. No sólo por todo lo que nos enseñó con sus lecciones, sino también con su forma de ser y por los valores que nos inculcó. Yo sufrí dislexia y me costó mucho comenzar a leer. En segundo curso cuando me lo diagnosticaron, fue Don Luis por aquel entonces mi tutor, quien se interesó por el tratamiento y diagnóstico de la dislexia. Fue usted quien más me ayudó y apoyo. – resopló para contener la emoción y continuó – En quinto curso cuando me presenté a ser la representante de los alumnos en el Consejo Escolar, un alumno hizo un comentario bastante desafortunado infravalorando a las chicas. Don Luis le reprendió con vehemencia, aún recuerdo sus palabras.

*“Como que las chicas no se deben presentar a estas cosas, va a poner usted en duda la capacidad de la alumna más brillante que ha tenido este centro, que bien podría presentarse a presidente del gobierno”.*

Don Luis fue para mí una inspiración, ya ve que a presidente de gobierno aún no me lo planteo pero a alcaldesa llegué. Estudie magisterio por su ejemplo y para tratar de ayudar a niños que como yo sufrieran dislexia. Es todo un ejemplo. – concluyó la alcaldesa emocionada.

Don Luis se dirigió a todos – Yo solo os puedo dar las gracias por haber sido tan buenos alumnos. A los que todavía lo sois deciros que el mundo se puede cambiar, pero empezando por lo que uno tiene cerca. Su futuro lo deben escribir ustedes, en sus manos la historia continúa.

**Caupolicán**